

PLAZA PUBLICA

Día del Trabajo

■ El adiós de Beregovoy

Miguel Angel Granados Chapa

3-Mayo-1993

El rudo enfrentamiento entre miembros del Movimiento Popular Independiente y del cuerpo de granaderos, al comienzo de la tarde sabatina, hace 48 horas, no fue sólo la incontrolada efusión de tensiones generadas durante las horas matinales. Los protagonistas del encuentro se conocen. Ya antes, cerca de Los Pinos, mantuvieron una reyerta semejante. Eso explica por qué los uniformados desobedecieron, o fingieron hacerlo, la orden de retirarse y al contrario, encararon sin necesidad ni causa inmediata a los manifestantes que se proponían llegar a deshoras a la Plaza de la Constitución.

Algunos granaderos vestían de civil. O golpeadores a sueldo e identificados con el agrupamiento policiaco actuaron bajo su protección. No llegaron a actuar como lo hicieron los halcones del 10 de junio de 1971, pero la lógica que organiza su presencia y su participación en la sarracina, es la misma. Sólo la desaprensión de las autoridades policiacas -no queremos pensar en un propósito político de más alto nivel-, que ignoran los alcances de la acción de esas excrecencias de la fuerza del orden, explica el que se les autorice a permanecer en la línea de resistencia de un Día del Trabajo. Casi medio centenar de lesionados no es saldo menor, pero las cosas pudieron llegar a otros extremos. Sólo eso nos hubiera faltado.

A reserva de presentar con mayor amplitud informes y reflexiones sobre el MPI, se puede anticipar que la integración de sus efectivos, y las tácticas de movilización que ponen en práctica son señal de actitudes que pueden generalizarse en los próximos tiempos en la ciudad de México y la aglomeración urbana vecina. Se trata de núcleos de trabajadores y de colonos que no temen a la acción directa, y que pueden enfrentar organizadamente a cuerpos entrenados para la represión, como los granaderos. Ni la superioridad profesional de éstos, adiestrados y equipados para domar inquietudes ciudadanas, parece inhibir a los militantes del MPI, especialmente cuando se parapetan tras un autobús de la Ruta Cien.

Algo tendrá que hacerse en lo futuro con los actos del Primero de Mayo. O se abre la ciudad entera a que se manifieste quien quiera, apenas coordinando las rutas y los horarios como se hace con el tránsito, o se suspende al menos la pretensión de que el Congreso del Trabajo se adueñe de una porción de los espacios públicos y cuente para ello con la protección policial. El desfile oficial es ca-

da vez más escenográfico, menos genuino y representativo, un juego de espejos en que se reproduce la imagen que cada quien ha fabricado.

Asomarnos a lo acontecido fuera de México ha servido con frecuencia para establecer nuestras propias coordenadas. La barbarie que instrumentó el atentado suicida en Colombró, y asesinó al presidente de Sri Lanka y a otras muchas personas, muestra cómo la libertad de expresión pública se vuelve contra sí misma cuando faltan las condiciones de una vida política abierta. Nada justificará ese crimen, pero hallaremos una multitud de antecedentes que contribuyen a explicarlo.

Los enfrentamientos en Rusia tienen asimismo un claro telón de fondo. El referéndum de una semana atrás no resolvió el hondo diferendo entre el Parlamento y el Presidente, y mucho menos las cuestiones verdaderamente relevantes que están enmascaradas por aquella disputa. Antes que comience el proceso de su verdadera nueva edificación, la sociedad rusa está destruyéndose, liberadas las fuerzas que acaso la levanten de nuevo, desorganizadas aún. Yeltsin encarna a la perfección las desazones capaces de destruir y negar, pero inhábiles para la construcción. Este momento, en que a la manera clásica, aún no acaba de morir lo viejo y no acaba de nacer lo nuevo, entraña tan graves riesgos de descomposición que el saldo sangriento del Día del Trabajo puede ser considerado leve.

Si bien no confirmó a las implicaciones laborales de esa fecha, es seguro que Pierre Beregovoy la escogiera de manera emblemática para quitarse la vida. Primer ministro de la República Francesa, hijo de un emigrante ucraniano y una tendera de Normandía, Beregovoy fue un asalariado que se fabricó a sí mismo. A diferencia de casi toda la clase gobernante francesa, aun la perteneciente a los partidos de izquierda, Beregovoy no egresó de las grandes escuelas, sino que fue un autodidacta. La escuela de la vida lo proveyó de los diplomas que le permitieran dirigir grandes empresas gubernamentales, como Gas de Francia, ser secretario general del Eliseo, ministro de asuntos sociales, superministro de finanzas y economía y jefe del gobierno.

Agobiado por la derrota electoral de su partido, y la difamación que por injusta lo agravió abrumadoramente, escogió la que fue la fiesta obrera de la esperanza para el supremo gesto de desaliento.